

el intento de quitárselas. Su plan era atraer á Piar á la margen izquierda del caudaloso Coroní, con falsas maniobras, hacerle inutilizar sus caballos, contramarchar rápidamente á la Angostura, embarcar allí sus fuerzas é introducirse por la Guayana vieja á las misiones desguarnecidas, ocupándolas. El general negro penetró el intento del enemigo, y se propuso burlarlo. Se trasladó á la margen izquierda del río, dejando sus caballadas de refresco listas en la margen derecha y se adelantó hasta cerca de Angostura. En la noche, hizo encender grandes fogatas que dejó ardiendo, y se replegó rápidamente á sus antiguas posiciones. La Torre, engañado, se lanzó á su empresa según la había concebido, con 1,600 infantes y 200 jinetes bien armados y disciplinados. Piar lo esperó con 500 fusileros, 500 flecheros indígenas, 400 hombres de caballería y 800 indios de las misiones armados de picas, que colocó en segunda fila. Los dos ejércitos se encontraron en San Félix el 11 de abril de 1817. Los españoles formados en tres columnas con las alas cubiertas por su caballería, avanzaron á paso de ataque y armas á discreción. Piar los recibió con una descarga de fusilería y una nube de flechas, y cerrando sus alas, en semicírculo, envolvió su ala izquierda, inutilizando los fuegos de la infantería enemiga que cargó cuerpo á cuerpo á pica y bayoneta. Fué un combate homérico al arma blanca. Los españoles fueron todos pasados á cuchillo. Sólo escaparon diez y siete hombres, entre ellos La Torre. El vencedor hizo matar 300 prisioneros tomados, perdonando á los criollos, que engrosaron sus filas. Cuando Bolívar regresó de los llanos con los últimos 500 hombres que le habían permanecido fieles, y que por el acuerdo anterior con Piar, se salvaron de ser destruídos por Morillo en su marcha sobre Margarita, encontróse dueño de la Guayana y al frente de una fuerza respetable. Este fué el núcleo del ejército que mantuvo la tercera guerra de Venezuela, y le dió el triunfo final, gracias siempre á Piar!

X

La autoridad de Bolívar empezó á afirmarse. Piar y Bermúdez, sus antiguos enemigos, se le habían plegado. Las guerrillas de Saraza, Monagas y Cedeño estaban á sus órdenes. Páez le prestaba obediencia. Sólo Mariño pretendía disputarle el mando supremo, comprometiendo la causa de la revolución en presencia del enemigo. Contaba con un ejército de 2,000 hombres y era dueño de la península de Paria desde las bocas de Drago hasta Carúpano, y dominaba el Golfo Triste con una pequeña escuadrilla. Poseído de una ambición insana y mal aconsejado por el famoso tribuno Cortés Madañaga, demócrata exagerado, que pretendía dirigir la revolución con fórmulas legales y reminiscencias de Grecia y Roma, convocó un simulacro de congreso, conocido en la historia con la denominación de « Congresillo de Cariaco », por su insignificancia y por el lugar en que se reuniera, el cual asumió la representación soberana de la nación y declaró reinstalada la república federal de Venezuela (8 de mayo de 1817). Componíanlo unos cuantos empleados, figurando entre los más caracterizados, el intendente del ejército Francisco Antonio Zea y el almirante Luis Brión. Eligieron una junta que desempeñase el poder ejecutivo, de la que formaba parte Bolívar, y Mariño fué nombrado « generalísimo ». El objeto, era anular la autoridad suprema de que estaba investido el Libertador. Morillo dió cuenta de esta farsa parlamentaria. En marcha á su expedición contra Margarita, atacó y tomó los puertos de Cariaco, Carúpano y Güiría, y echó á pique la escuadrilla patriota del Golfo Triste, apoderándose de nuevo de toda la península de Paria. Las fuerzas de Mariño fueron en gran parte destruídas, y sus pri-

sioneros fusilados. Las divisiones que escaparon á la derrota, negaron obediencia al nuevo generalísimo, y resolvieron incorporarse al Libertador en Guayana, encabezadas por Urdaneta y por el coronel Antonio José Sucre, nombre que llenará la más gloriosa de las páginas de la emancipación sud-americana. Mariño se retiró á Maturín con el esqueleto de su ejército.

Empero, mientras los independientes no tuviesen el dominio absoluto de la navegación del Orinoco, la posesión de la Guayana era efímera. Bolívar intentó con tal objeto de organizar una escuadrilla de flecheras; pero las fuerzas sutiles de los españoles eran muy superiores, y todos sus trabajos fueron vanos. Afortunadamente acudió en su auxilio Brión, que en Haití lo había puesto á flote y lo salvara en sus trances más apurados. El almirante puso á sus órdenes una flotilla, compuesta de cinco bergantines y algunas goletas, reforzada con cinco flecheras margariteñas al mando del capitán Antonio Díaz, mulato como Piar, hombre feroz y de un valor probado. Una parte de la escuadrilla española sostenía las dos plazas fuertes de la Guayana á la sazón sitiadas, — Angostura y la Guayana Vieja, — y la otra cerraba las bocas del Orinoco, al amparo de las fortalezas que las defendían. Brión hizo explorar las bocas del gran río con las cinco flecheras de Díaz. Sorprendidas en uno de sus canales, por diez y seis flecheras realistas, éstas se apoderaron de dos de las embarcaciones republicanas. Díaz, con las tres flecheras restantes, empeñó un sangriento combate al abordaje, recuperó sus dos embarcaciones perdidas, tomó otras dos del enemigo, echando á pique cinco de ellas, y obligó á los realistas á retirarse espantados ante tanto arrojo. Franqueado el paso, Brión forzó las fortificaciones á velas desplegadas, y remontó el Orinoco. Bolívar hizo construir una batería de costa, para proteger sus operaciones.

El general La Torre, al saber el avance de la flotilla de

Brión, hallándose muy escaso de víveres, desesperó de sostenerse en Angostura, y se trasladó á la Guayana Vieja con 300 hombres útiles y los enfermos. Su situación no mejoró. Vióse al fin obligado á evacuar también la Guayana Vieja, después de comer hasta los últimos cueros, embarcándose en su escuadrilla con los restos de su ejército, compuesto de 600 hombres y descender el río haciéndose á la mar con treinta y dos velas. Los independientes quedaron de este modo dueños de todo el territorio de la Guayana y de la navegación del Orinoco. Poco después, el héroe de la conquista de la Guayana, moría en un patíbulo en el teatro de sus glorias.

Piar, que en el fondo de su alma altiva, guardaba rencor contra Bolívar por haberlo suplantado en la empresa de la Guayana, no obstante someterse á él, fué uno de los que más simpatizó con las tendencias del congresillo de Cariaco, y conspiró de acuerdo con Mariño, en el sentido de formar una junta de guerra que limitase la autoridad absoluta de Bolívar, con el objeto de apoderarse del mando en jefe, consiguiendo ganar á sus ideas á Arismendi, que era un ambicioso sin cabeza. El Libertador sofocó prudentemente esta tentativa de sedición, limitándose á consejos y amonestaciones privadas, que restablecieron la quietud. Piar, alarmado, solicitó una licencia para ausentarse, dando por pretexto sus enfermedades. Retirado en la villa de Upata, continuó sus trabajos disolventes. Bolívar le escribió amistosamente, llamándolo á la concordia. Piar no confió en estas seducciones, porque conocía el odio que Bolívar le profesaba, y fugó á Maturín, donde se puso de acuerdo con Mariño para asumir una actitud independiente. La situación era peligrosa para el Libertador. Las tropas de la Guayana eran adictas á Piar en su mayor parte, y compuestas de hombres de color, era de temerse una sublevación de raza, proyecto que se atribuía al general negro. Bolívar ordenó al general Cedeño, el compañero de Piar en la conquista de la Guayana, que lo pren-

diese. El hecho sólo de mandar prender á un general que se decía rebelado, prueba, que si el peligro era real, no era inminente. Piar, abandonado por sus compañeros, y seducido por las falaces promesas de Cedeño, según parece, no hizo resistencia, y fué arrestado. Conducido á la Angostura, fué procesado. Un consejo de guerra presidido por Brión, que de antemano tenía formulada la sentencia, lo condenó unánimemente á muerte (15 de octubre de 1817) y á ser degradado por los crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción. Bolívar confirmó el fallo, dispensando la degradación, que era un lujo de crueldad, que deshonraba á los jueces y al sacrificador. Piar fué fusilado en la plaza mayor de Angostura, en presencia de todo el ejército formado (16 de octubre de 1817). El vencedor de San Félix murió con intrepidez como había vivido. Pidió por única gracia mandar su propia ejecución. No se le concedió. Al marchar al suplicio exclamó: « Con que no se me permite mandar mi ejecución! » Desde este momento se encerró en un sombrío silencio. Oyó leer su sentencia con desprecio, con una mano en el bolsillo, golpeando el suelo con el pie derecho, y mirando á su alrededor. Por dos veces se arrancó el pañuelo con que le vendaron los ojos. Se descubrió el pecho y recibió la descarga que puso fin á su gloriosa vida, con la serenidad que había mostrado en los combates. Su muerte afirmó la autoridad todavía vacilante de Bolívar. Si no fué un acto justo, fué quizás un acto necesario, que sofocó la guerra civil en germen, que traía aparejada la disolución del ejército (19).

(19) El mismo Bolívar ha calificado así la ejecución de Piar, como un acto más bien necesario que justo. En el « Diario de Bucaramanga » por el coronel La Croix se ponen en boca de Bolívar estas palabras: « La muerte de Piar, fué una necesidad política, y salvó al país, porque sin ella iba á empezar la guerra civil de las castas. Fué un golpe de Estado que aterró á los rebeldes y aseguró mi autoridad. Nunca ha habido una muerte más útil, más política ». Pág. 120-121.

Quedaba todavía Mariño en armas. Éste se mantenía disidente á la cabeza de 400 hombres, en Cumaná. Bolívar comisionó á Bermúdez, el antiguo amigo de Mariño, para que le prendiese al frente de su cuerpo de tropas, como había encargado á Cedeño el arresto de Piar. Mariño, abandonado por los suyos, fué desterrado por empeños de Bermúdez. Bolívar quedó imperante y sin émulos. Su autoridad no estaba todavía bien consolidada, como luego se verá.